



SE había anunciado un «largo y ardiente verano» de luchas por la igualdad racial de los Estados Unidos. Lo habían anunciado los dirigentes negros, lo habían previsto los dirigentes blancos. Un escritor negro —un gran escritor: el novelista James Baldwin— lo había profetizado en el título de uno de sus libros: «La próxima vez, el fuego». El fuego arde ya en este verano que se anuncia largo; arde en Harlem, en Rochester, en Austin, en San Agustín. En una pancarta esgrimida en manifestaciones recientes se leía: «La discriminación es un muro: ¿en qué lado está usted?». De este estado de ánimo —hay que estar en un lado o en otro— se saca la consecuencia de que estos estallidos de violencia y odio son el preludio de una guerra civil. Yo soy más optimista, yo creo que se trata del final de una guerra civil mal saldada, una guerra civil que comenzó en 1861 y que teóricamente se dio por terminada en 1865. Pasó a los archivos con el nombre de Guerra de Secesión. No todo se lo llevó el viento en aquella guerra. Las guerras no se conforman con los archivos, no aceptan los finales de capítulo en que las terminan los historiadores: renacen, reaparecen, resucitan. Las guerras civiles ilusionan a una, dos o cinco generaciones de vencedores, pero la sangre nunca ahoga los problemas que quedan sin resolver. Los estados esclavistas nunca renunciaron a la esclavitud; los esclavos negros nunca renunciaron a su libertad. El problema sigue en pie. El decreto que ha firmado el Presidente Johnson, la Ley de Derechos Civiles —heredada de la Administración Kennedy— es admirable en sí, pero tampoco un decreto resuelve una guerra civil. Generalmente las leyes se aprueban cuando su contenido está ya desbordado. Esta ley ha sido considerada histórica, y lo es dentro de la pequeña historia de los textos escritos, de la Administración pública de los Estados Unidos. Pero el problema racial en Estados Unidos es un hecho económico y un estado de ánimo. Es decir, un problema vivo de los que no puede resolver automáticamente un Senado.

La cuestión es que los negros de los Estados Unidos no han dejado de ser esclavos. Se puede aplicar un término actual para decir que son «neo-esclavos». Es decir, no están sometidos a la ferocidad de las antiguas costumbres esclavistas, pero siguen viviendo en plena esclavitud económica, de la misma forma que muchos países colonizados han conseguido salir de la brutalidad de la colonización directa, con todas sus sevicias, pero no han logrado aún liberarse de la colonización económica, es decir, de lo que llamamos «neo-colonialismo». El paralelo entre colonización y racismo es tal que difícilmente se pueden separar los dos conceptos. En este caso de los Estados Unidos puede hablarse de una «colonización interior». No es nueva en la historia: se ha aplicado consecuentemente con todas las minorías en todos los países, y no sólo con minorías señaladas «con el dedo de la divinidad», como hipócritamente se decía, por características raciales, sino también con personas de la misma raza o la misma nacionalidad que por motivos ideológicos constituían un grupo aparte del grupo gobernante (1) (el caso de los cristianos en Roma es el

(1) «Así se produce la división de trabajo entre los detentores de la fuerza militar y el resto de la población, que es la base de todas las formas de la feudalidad.» Gaston Bourheul, «Le phénomène-guerres», Payot, París, 1962.

LOS NEGROS de Nueva York

ejemplo más fácil de citar). En los Estados Unidos el problema se plantea con acuidad. El alto grado de civilización técnica, el bienestar económico producido por dicha civilización y por la colonización económica de otros países, la alta higiene de la moneda, hacen que cada vez sea mayor la escasez de trabajadores de baja categoría, de mano de obra abundante y mal pagada. Otros países europeos que sienten este problema del peonaje lo resuelven con la importación de trabajadores de países menos afortunados, pero es una solución cara. Los Estados Unidos lo resuelven con sus negros. Es más barato. Y presenta para el trabajador características esencialmente distintas.

Una comunidad pobre, pero blanca, cree que de sus filas pueden salir alguna vez dirigentes, millonarios, técnicos, jefes de industria, políticos. La comunidad negra está estrictamente encerrada en la cárcel de su piel. Esta es la explicación de por qué los portorriqueños de Nueva York no han hecho causa común con los negros en los recientes disturbios raciales, aunque su vida actual sea tan miserable, tan inhumana como la de sus compañeros de color: los portorriqueños tienen una esperanza, por débil que sea, de poder romper su cerco. Los negros, no. Se es negro para toda la vida, se es esclavo para toda la vida, y para la de sus hijos y sus nietos. **SIGUE**

El fuego que habían anunciado los dirigentes negros y previsto los blancos, arde ya en este verano que se anuncia largo en el conflicto racial norteamericano. Arde en Rochester, Austin, San Agustín... y en Harlem, donde han sido tomadas estas imágenes que testimonian la violencia de la lucha que se ha desencadenado.



LOS NEGROS DE NUEVA YORK

Los negros de Estados Unidos han percibido rápidamente que la Ley de Derechos Civiles no resolvía en lo inmediato su situación, sino al contrario: los «neo-esclavistas» reaccionaban contra ella con una nueva dureza. «La más noble conquista del hombre no es el caballo, es el esclavo», decía Vacher de Lapuge («Las selecciones sociales»); los esclavistas no renuncian a su «noble conquista». A pesar del tremendo esfuerzo del Gobierno de los Estados Unidos, de la Administración Kennedy-Johnson, no siempre seguida por las autoridades locales, por los miembros de la policía. Es difícil cambiar un estado de ánimo: la versión del negro malo, del negro asesino por naturaleza, tiene tantos siglos de existencia que es difícil de borrar.

...

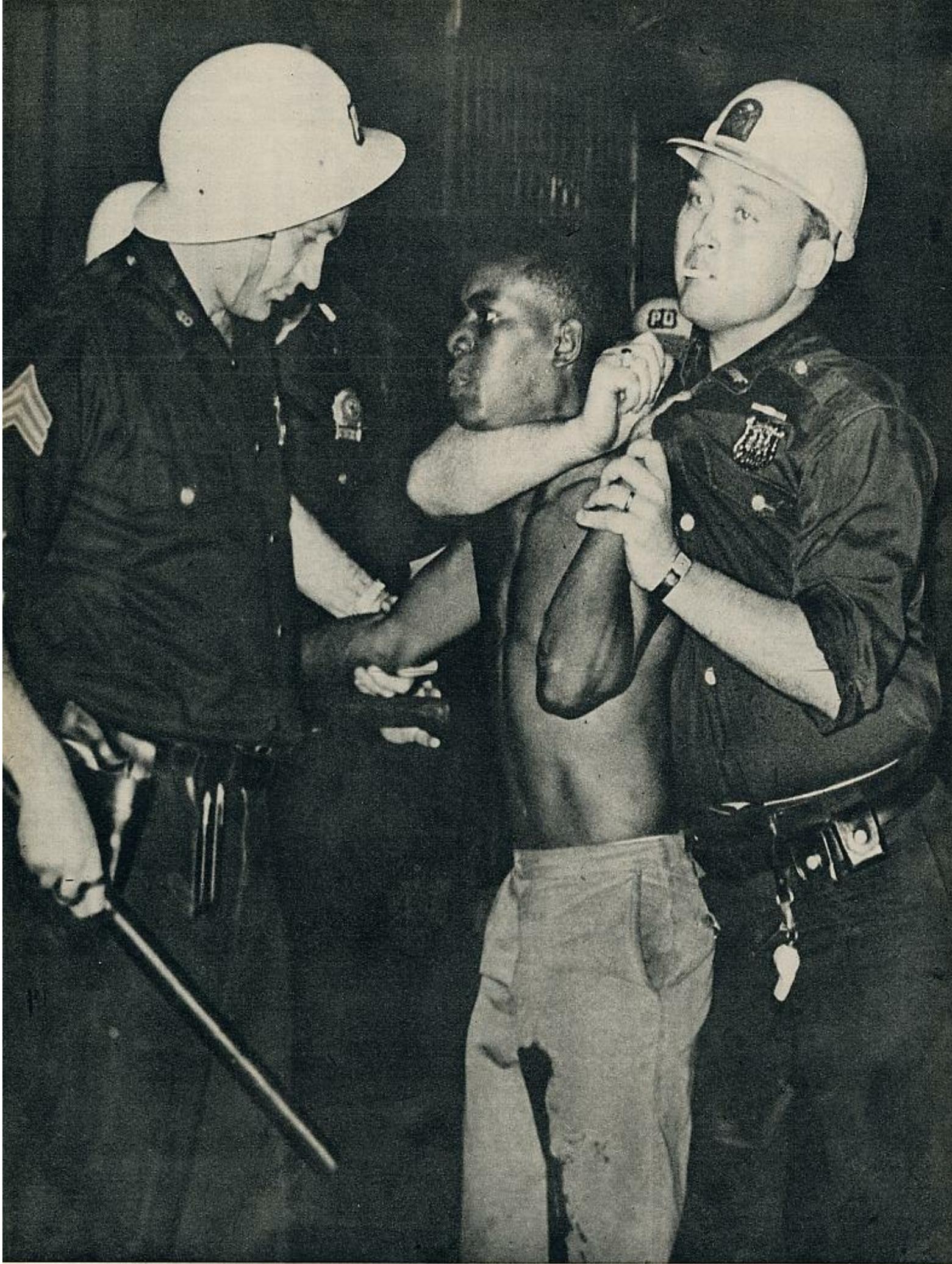
Los disturbios que estallaron la semana pasada en Nueva York tienen por origen un incidente confuso. El portero —blanco— de una casa de Harlem arrojó un cubo de agua —con la que limpiaba su patio— sobre unos muchachos negros. Antes, esto era un hecho normal, corriente. Pero, ahora, los negros quisieron replicar y le persiguieron. Un teniente de policía —blanco— intervino en su defensa. Una versión dice que uno de los muchachos negros sacó una navaja con la que quiso atacar al policía y éste, en defensa propia, le mató de tres disparos. Otra versión dice que el muchacho no tenía navaja ni ninguna clase de arma, y que el policía disparó sin siquiera advertirle. Hago notar que las dos versiones las recojo de la prensa de Nueva York, de la prensa conservadora. La misma prensa recoge dos aspectos de la cuestión. Uno de ellos son las acusaciones contra la policía del Estado por la brutalidad continua contra las minorías negras —y otras— de la ciudad. El segundo es la intervención de «provocadores comunistas» en los disturbios raciales de la gran ciudad. Hay explicaciones —o intentos de justificación— para las supuestas brutalidades, a saber: que los policías de Harlem saben que tienen que vigilar una población inclinada a la revuelta y al desorden, sin entrar en el fondo de justicia o injusticia que provocan esta actitud de rebeldía. Con respecto a la intervención de agitadores comunistas, se trata de un antiguo tópico usado por todas las autoridades para explicar todos los desórdenes, hasta los producidos por el fútbol en algún país hispanoamericano, y el caso tiene también antecedentes históricos —podemos volver al fácil ejemplo de los cristianos de Roma, acusados siempre de todos los incendios, de todos los crímenes cometidos en la ciudad; o al de los judíos en la España de la Inquisición o en la Alemania de Hitler—; sin embargo, en este caso no parece que la afirmación sea muy arriesgada y que la comisión especial del FBI que ha sido encargada de estudiar esta intervención pueda encontrar comunistas. En efecto, los comunistas y, en general, todas las organizaciones de izquierdas en Estados Unidos están del lado del muro que niega la legalidad o la posibilidad de la discriminación, y participan en las organizaciones antirracistas; si se les busca allí es fácil encontrarlos porque no se ocultan. «Pero atribuir los disturbios exclusivamente o incluso principalmente a las maquinaciones de un puñado de extremistas de izquierdas sería un grave error», dice un editorial del «New York Times» (24 de julio), que termina con este párrafo: «La más profunda razón para la revuelta es, desde luego, las horribles condiciones de vida de «ghetto» que prevalecen en Harlem y en el área de Bedford-Stuyvesant (Brooklyn): las viviendas hediondas, la falta de buenas escuelas, las inadecuadas instalaciones de recreo, la escasez de oportunidades de trabajo, que condena a millares de seres humanos a vivir en un nivel próximo al de los animales. Los sectores negros de la ciudad están psicológicamente enfermos, y con razón. Necesitan compasión y comprensión en su crisis, por lo cual cada uno de nosotros puede considerarse responsable».

La situación del problema es tal que es muy difícil prever su evolución. Hay veinte millones de seres viviendo en los Estados Unidos en esta situación de horrible inferioridad. La veloz ascensión de Goldwater ha aumentado su angustia: creen o temen que la Ley de Derechos Civiles, tan poco respetada ya, pueda desaparecer del todo en el futuro. Es posible que estas revueltas, sin embargo, favorezcan precisamente a Goldwater —hay quien dice que han sido provocadas por sus agentes: me parece una versión extremista del asunto— por

la reacción que pueden provocar en los blancos. En unos blancos que no entran en las razones profundas de los negros y que son fácilmente influenciados por frases como ésta: «En cuanto se ha dado un poco de libertad a estos negros, nos están queriendo asesinar». Naturalmente la realidad es la inversa: es que no les ha dado ninguna libertad, más que en teoría, y que no quieren morir ahogados.

Por estas razones, y por la elemental de conservar el orden, los dirigentes negros están repitiendo estos días —dramáticamente— sus consignas de conservar la calma, de mantener la ecuanimidad. No todos. Hay organizaciones negras de un extremismo peligroso —negar la existencia del banditismo o del fanatismo en los negros sería un racismo igual, aunque en sentido inverso, al de atribuirles toda la maldad: es tonto, pero es necesario decir que los problemas de delincuencia en los negros se producen exactamente igual que en los blancos y por las mismas razones de presión social mal dirigida—, como la que encabeza Malcolm X, como la secta de musulmanes «Fruta del Islam»; hay simples bandas de delincuentes que aprovechan los disturbios para el pillaje; hay negros racistas... Y hay desesperados que creen que sólo la sangre y el fuego les puede conquistar una vida mejor. Estos se apoyan en un reciente hecho histórico: el de sus compañeros de color de los países africanos, que han tenido que conquistar con la guerra su libertad, que de otra forma no les hubiera llegado nunca. Para ellos el hecho de su minoría —veinte millones frente a 136 millones de blancos— y su pobreza de medios no tiene significación real: peor estaba Argelia, peor estaba Nigeria, o Kenya, dicen. Pero esto significa la guerra civil, y una guerra civil entre blancos y negros significaría —fuese cual fuese su resultado— el hundimiento de los Estados Unidos como nación privilegiada. Por eso los esfuerzos de apaciguamiento no parten sólo de los dirigentes negros que ven su causa comprometida y también la posición del país del que son ciudadanos —«yo también soy América», decía el negro de Walt Whitman—, sino de la Casa Blanca y del Gobierno. Es dudoso, sin embargo, que Johnson consiga de Goldwater, como lo ha intentado ingenuamente, que deje de lado el tema racial en su campaña electoral —sea lo que sea lo que prometa— porque Goldwater practica la «política del borde del abismo» para conseguir la «victoria definitiva» no solamente en cuestiones exteriores, sino también en el interior del país. Y la cuestión negra ha entrado en un punto en que se sitúa perfectamente al borde del abismo.





Odio y sangre en las calles. Las cruces blancas que encienden los tenebrosos miembros del Ku-Klux-Klan han vuelto a iluminar las noches del sur norteamericano. Parece el preludio de una guerra civil, pero quizá se trate del final de una guerra civil mal saldada, una guerra que teóricamente terminó en 1865.